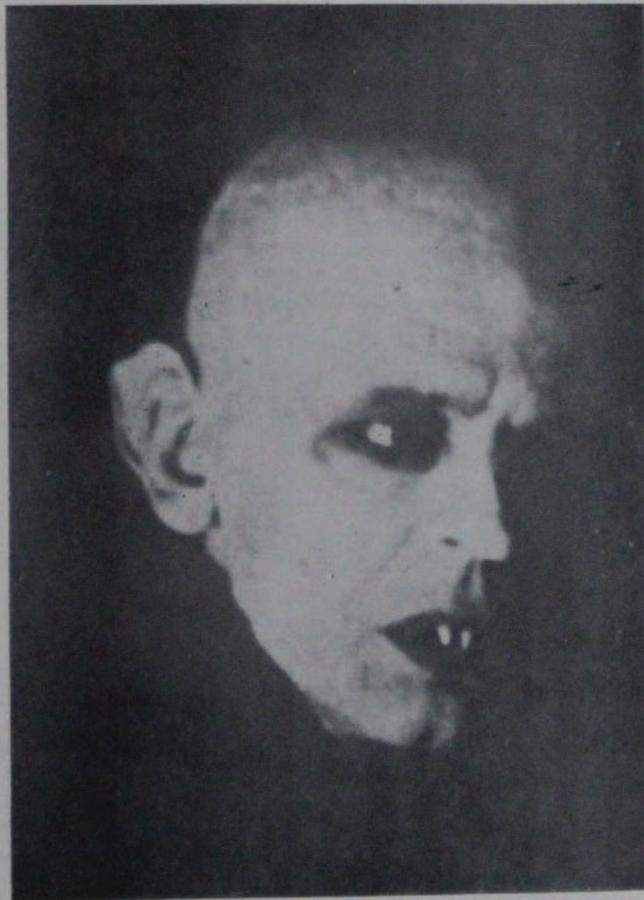


11

# Háblame de horror

Hugo Chaparro



“¡Ah pelada . . . cómo me tienes, me siento como el engendro maldito creado por el perverso y egoísta doctor Frankenstein, solitario en los parajes del reino del terror; el idiota noble al que el cariño le queda grande, espanta a todo el mundo, estorba . . . sí, pelada, me vas a terminar viendo de rodillas, sin dignidad, diciéndote a la cara con los brazos en alto como los roñosos amantes del siglo pasado, que me tienes trepado en la cima del delirio cuando estoy en tu presencia.

“Siento un amor suicida y atorrante cuando cruzo por frente de tu casa buscándote el aroma. Me reviento contra el mundo, me arrastro, me azoto en mi desgracia. ¡Ah! pelada, pelada . . . tengo alas en los hombros y a lo vampiro te persigo como el Nosferatu de la película, apasionado con una dama que lo traiciona al amanecer cuando le canta el gallo hinchado de la desesperanza.

“Mi película va a terminar siendo El Valle de la Abnegación, la pradera de tu calle donde transcurren mis desgracias de pelagato terco, donde ando atontadamente idiota con tu figura peligrosa que me pone a los brincos el alma, donde a veces siento que la sobreactuación se me viene encima y es entonces cuando me cabreo y pierdo mi frescura atormentada a lo James Dean y comienzo a tirarle piedras a las ventanas del barrio, iracundo, como un endemoniado patético poseído por el gran dios maléfico Cthulhu, pelada. Háblame de horror y ahí me tienes imaginándote enfebrecido entre las paredes de mi cuarto, sintiendo voces y murmullos por todos lados; rasguños de ratas que corren por mi cuerpo; esperando el retorno de los brujos que vengan a curarme de mi mal a cambio de mi vida; viviendo entre vapores violetas y de cenagosos colores donde a último momento, cuando estoy a punto de hundirme tras la niebla, se me aparece tu rostro salvándome de una perdición segura, rescatándome del sueño de las calaveras, del entumecimiento bestial de mis miembros; el contrapunto de todo el horror: tu largo pelo extendido a lo Rapunzel sacándome del poder certero de los compadres de Satán.

“Sí, me estás cocinando a fuego lento, hirviéndome en un perol como los que tienen las brujas; chapoteo allí metido tratando de salirme pero la candela ya me tiene fritas las entrañas y lo que hago es irme nadando derecho al fondo de la olla. (Yo siempre tirándome al lado fantásticamente trágico de las cuestiones relacionadas contigo y tu presencia por todas partes en algún lugar del mundo, persiguiéndome por donde piso, ardiéndome las plantas de estos maravillosos pies que te escudriñan el rastro averiguando a lo policíaco el lugar por donde has estado a tal y tal hora).

“Sí, pelada, hasta a los héroes solitarios como los detectives de las novelas, que desdeñan mujeres para no ensuciarse en sus engañosos whiskys y sus maravillosos cuerpos cuidados con fortunas de truculentos dólares, les sucede y terminan por cansarse de la misma cabra pared que los espera en su habitación luego de que se han trompeado con medio mundo y han disparado enormidades inverosímiles de balas y todo eso que tienen que hacer los detectives para no quedar estampados en el cemento con la sangre escurriéndose por los agujeros de sus tiroteos y todo lo que conforma sus desesperadas vidas urbanas.

“¿Cuál es la salida?

“El corazón endurecido que no le pide nada a nadie. Pero . . . pelada, mi corazón tiembla cuando se inicia el presentimiento de mi desgracia resumida en tu figura que dobla una esquina y todos los oscuros designios de los negros espíritus del mal se me vienen encima volviéndome un caos el universo.

“Me movilizo a la manera de los matones del cine negro y siempre salgo vapuleado. Sí, Rita Hayworth en la Bella del Pacífico es una babosa con cachiporra al lado tuyo que me sacudes de la cabeza a los pies en sucesión de sopapos suaves, disparando tu pelo sobre el aire sin necesidad de más armas. Para qué pelada, esa es la verdad, siento que me brotan las alas del vampiro volando hacia tu cuello pero me aguanto, escondo mi maniática obsesión antes de quitarte la sangre que me alimente en el mortal ataúd de mi acelerada desgracia, donde tú me clavas la estaca gorda y gruesa y definitiva sobre mi corazón.

“¡Ah! pelada, pelada, pelada de efluvios de demonio rubio, me salgo con brocha y pintura a escribir tu nombre sobre las losas del barrio para que aprendan los niños cómo es la cosa, para que te avispes rebuscando a ver quién es el jefe ágil, agudo, cínico y pesado que te ataca por la retaguardia sin quitarse la capucha, para que uses tu masa encefálica a la manera del flemáticamente aburrido detective Holmes: ‘Este es un caso para el cual nos vimos obligados a volver, mediante el razonamiento, de los efectos a las causas’. De mi desgraciada necesidad de monstruo abandonado de las gracias de este mundo a tu pistolera belleza llenándome de plomo por todas partes, abatiéndome sin vergüenza en todos los sitios por donde se me mete tu figura en todo el justo centro del cráneo, apabullado con la maravilla de tus rasgos bien aprendiditos de memoria, recitados a lo colegial por mi corazón, sin un solo respiro.

“Sí, pelada, te necesito como la enorme bestia rey de la jungla King Kong, buscando entre la multitud de las ciudades a su amor rubio en miniatura mientras sufre prisionero en los barrotes de la jaula donde lo exhiben. A todo monstruo le sucede, somos los criminales descarados de la inocente belleza, con nosotros sólo simpatiza escasamente el demonio.

“Una gran luna plateada está suspendida en el cielo. Puede ser que su luz inquietante esté en este mismo momento iluminando tu rostro. No sopla el aire pero de todas maneras dentro de mí siento brotar un murmullo fantasmal y misterioso. Desesperado con mi fealdad, aullido de dolor a lo Hombre Lobo encerrado entre mis cuatro paredes. Seguramente en una noche como ésta, hace siglos, volaban por el aire las brujas desnudas, trepadas sobre sus escobas y perseguidas por burlescos demonios, pero no existía un ser tan aterradoramente triste y solitario como yo por encaminar sus desgraciados pasos hacia las duras escarpas del amor tuyo, pelada.

“¡Ah! me estoy transformando, para donde mire se me aparecen tus tremendos ojos de ángel sonriente; tú, la bella que atormenta a esta bestia compungida, a este tipo que ha terminado siendo, sin buscarlo, el diferente del barrio. Las desgracias de la naturaleza que se ensañaron conmigo, con mi noble humanidad hasta más no poder, dejándome convertido en una mole de inefable repugnancia. Tal vez algún día termine diciendo como el muchacho que leyó la Casa del Gusano: ‘Mi bienamada es más pura que todas las lilas del jardín de las lilas’, pero es imposible pelada, mi doncella tendría que sufrir el gran proceso de desinfección hacia mi asombrosamente espantosa figura, y eso solamente lo ha logrado y con grandes esfuerzos, mi apesadumbrada y compasiva madre que me acogió en su seno con una resignación digna de canonizar. Instinto maternal que le dicen, la mejor performance de la lástima humana.

“Sí, pelada, estoy atrapado en las mismísimas garras del horror, tu monstruosamente hermosa belleza que se me apareció inquietando mi sepulcral paz, el maravi-

lloso cementerio de mi vida, las cuestiones del pavoroso azar inesperado jugando con las multitudes que pueblan este mundo sin saber a qué horas, sorpresas como tú. . . . Ah! lo gris de la canción se me empezó a volver azul pensando que algún día ibas a decir ¡yeah! ¡yeah! a este contrahecho prodigioso que te magnífica pero nada, salías corriendo metida dentro de un alarido inmenso que era mejor no tratar de interrumpir. Mejor dedicarse a las patrañas secretas, acariciarte el pelo desde lejos y conformarse degustando la amistad consoladora del demonio.

“Nosotros, los tipos solitarios de la desgracia, los ángeles de la desolación, que nos gusta habitar en las catacumbas o en la profundidad de los bosques, somos la excepción condenada de la hermosa regla humana; los parajes apartados y extraños son nuestro consuelo satánico, respiramos con tranquilidad en la más profunda de las oscuridades, los desastres de la belleza nos pone lacrimosos y huraños y envidiosos de que otros pelados puedan observar, tranquilos, prodigios como el suyo. El Cabrón Negro con sus Mil Jóvenes, conforman parte de nuestra familia, alimentada a lo Drácula con todas las inefables perversidades esparcidas por el mundo.

“Es el momento de demostrar todo esto.

“En medio de la noche me alisto para el asalto.

“Invadiré con mi feura todo el esplendor de la música que ronda por tu casa, todo el barrio allí metido contoneándose, los niñitos por sacarte al baile pegándose codazos torpes mientras el maléfico escondido acecha agazapado desde un rincón, listo, para el brinco fatal. Todos saldrán corriendo por la puerta apenas me vean desvergonzadamente parado entre la multitud bailarina. Lo que me importa es que



no te me escapes acobardada gritando, que te quedes conmigo para sentirme en la cumbre y así poder tratar al mundo con la indiferencia de los poderosos.

“Me convertiré en el show maldito de la noche. Tus padres se escandalizarán con mi conchuda intromisión grotesca; la criada tratará de espantarme a escobazos para que me vuelva a mi enmalezada montaña de donde pensará que me escapé a mala hora, hasta los perros querrán hincarme el diente y lo entiendo, pelada, pero soy generoso y no estropearé los tapetes de tu casa con un solo muerto. Respeto si soy respetado, todo con sus límites y su dignidad.

“Así soy yo, la truculencia me atrae pero conozco sus límites, detesto los excesos sobre todo cuando me atañen y no soy yo el tarugo como para no advertirlos. Qué se le va a hacer, me conocen bien pero no me tratan. Sustos que tiene la gente, mirando mi terrible fachada que los espanta.

“Mi pobre grandiosa madre, una sabia que ha aprendido a las patadas que le pega mi macabro aspecto, ha cubierto con periódicos los espejos de la casa. A su manera, me quiere. Cuando nos cruzamos, me mira de una forma... que me dan ganas de tirarme a dormir eternamente de una vez por todas para quitarle mi yugo salvajemente pesado de sus espaldas.

“Mi madre, comprando para mi bienestar las copias de películas inmemoriales como El Jorobado de Nuestra Señora de París, el Drácula de Bela Lugosi (“Adelante, Bela, enseña ahora tus colmillos”), La Novia de Frankenstein (pudriéndome el cerebro en busca de compañera, pelada), El Fantasma de la Opera y El Gato y El Canario y toda esa cantidad de horrores crípticos que nos regalan veladas de delicia mortal, aterradora.

“Mi bacana madre, festejando el Día de las Brujas por todo el barrio conmigo, cuando soy el verdadero centro de vida que opaca los demás disfraces. Ahí sí soy yo el maestro respetadísimo de todos hasta que el rayo del sol termina con mi gloria de una noche. La bolsa de los dulces queda absolutamente repleta y la envidia atraviesa la mirada de los pendejos con caretas que se esforzaron en sus industrias carseras para ser los mejores sabiendo que, a mi lado, nada tenían que hacer. Apartarse con resignación y abrirme paso porque en máscaras y simulaciones yo soy el rey, mi faz sombría se sobra sola, es natural.

“Esta noche, la bruma de la maldad se desvanecerá para dar paso a mi gelatinoso cuerpo renqueante, artífice de tu tragedia.

“Me voy a aparecer por tu casa con mi rostro dignamente descubierto.

“El robusto mafioso que esté cuidando en la puerta me dirá que me equivoqué de fiesta y que esa no es la casa y hasta tratará de apagarme en mis narices el tabaco que humee en su boca y yo sollozando y gimiendo porque adentro la música y las luces y tu figura de muerte en mitad de todo eso. Pero está echada ya la maléfica suerte y estragos son los que van a sobrar. Cosas del fanático amor desesperado, pelada. Si no entiendes, pues... otra desgracia, además de mi figura, la que me echo encima.

“¡Ah! pelada, pelada, te necesito para olvidar todas las cuitas de este mundo, yo, el más grande cuitado del planeta, más monstruosamente horrible después de cruzarme con tu hermosa forma de llevar el cabello al aire de manera cinematográfica y mover las manos al compás con que caminas y mostrarte ante el mundo con la frescura de que eres dueña porque el mundo es tuyo allí donde te plantes.

“Esta noche se termina el incoloro, inodoro, insaboro, insípido y largo oficio de recordarte en mitad de las tinieblas donde habito; huésped de las negruras es lo que soy rememorándote, pegando alaridos como la hiena herida y angustiada que tiene la bala del cazador metida dentro del cuerpo.

“Esta noche el engendro sale de su caverna para repugnarse a sí mismo debajo de la hermosa luz de la luna que lo vuelve melancólico y trágico frente a su desgracia; el brillo de tu rostro que me trastorna la vida embotándome los sentidos, pelada.

“Mi cuerpo de gelatina se debatirá furioso con los otros invitados a los que les mandaron tarjeta, a los que el robusto mafioso dejará pasar para nada porque hoy no me truncan los obstáculos de siempre: la decencia y el decoro que me obligan a esconderme, mi tierna compasión por los rostros espantados de mi rostro. Hoy no escucharé los tintineos de los humanos cruelmente lindos que tanto repudiaron a mi hermano Quasimodo y atormentaron al más que noble tipo creado por el degenerado doctor Frankenstein. Tendremos unos cuerpos prodigiosamente deformes pero le hacemos el contrapeso a la tragedia con nuestras almas sublimes.

“¡Ah! pelada, mientras me acuerde de ti existiendo en algún lugar del planeta, me voy a sentir como el rey encerrado en su castillo, alejado del mundo, sentado en la torre del homenaje, jurando defender su fortaleza con la mayor dignidad y valor de los que sea capaz. Mis defectos esta noche son mis virtudes de pandillero al que no lo para ni nada ni nadie.

“Mi madre dice que estoy papacito, tiburón, divino dentro de mis limitaciones. Me toma la cara entre sus manos y me dice que me vaya.

“Inspirado me despido dándole un beso y salgo.

“La fría calle me recibe con todo su viento y piedra y peligro. El tiempo está correcto para con mis intenciones, es hora de comenzar la pelea”.

“La casa está absolutamente iluminada. A través de las ventanas se ven las parejitas moviéndose al compás de la música. En la puerta está el gigantón recibiendo las invitaciones, abriendo la puerta y cuadrándose de nuevo. Lo miro con el recelo que se merece.

“Agazapado en las sombras, pensando cómo brincarme al tipo, veo a lo lejos el interminable larguero de Cañavera, la jirafa alegre del barrio, que se pasea hacia la fiesta. Me apena hasta las lágrimas que tenga que ser él, pero el que no tiene tarjeta no entra. Así que alisto mi porra.

“Me voy haciendo al ambiente mientras el animal se aproxima. Si se me pone pesado me va a tocar pegar un brinco de madre para alcanzarle a cascar en el sitio donde se privan los matones de las películas. Le salgo al paso como si nada.

—Qué hay, jirafa. . .

“Todo ignorancia se inclina hacia las profundidades del piso desde donde le gruñe mi vocecita y me señala la casa de la pelada.

—Ya, jirafa, comprendo —le digo, mirándolo rudo a la cara. Yo tengo buenos modales pero en la calle no sirven. Me cuadro de frente ante el hombre—. Lo siento, animal, te quedas.

“La jirafa me mira con una cara toda pasmada como preguntándose qué le pasará a este feo. Yo aprieto la porra con esperanza y afán, se me está gastando la

noche y la pelada estará asombrosamente iluminada en su casa mientras yo permanezco aquí con este bambú medianamente analfabeto de mi situación.

—La tarjeta, pelado, la necesito.

“Tengo en una mano el mazo y la otra al aire esperando la bondad del padre.

—La tarjeta, jirafa.

“El animal es de pocas palabras y cuando las usa parece Clint Eastwood en La Venganza del Muerto, escupiendo y dejando la llaga en el que recibe la baba. Me responde sin desmentir su estilo.

—Apartándose, patán, que ando de afán y me estorba.

“Y como Eastwood, que no mira ni a derecha ni a izquierda, seguro de sí mismo, me empuja y comienza a andar a lo vaquero como si fuera hacia el corral de las vacas.

“Lo dejo pasar y le brinco. Cogiéndolo por detrás le zampo un golpe en la base del cráneo que lo deja listo como para el ratero que soy yo de su invitación.

“Mis manitas peludas trabajan apresuradas y encuentran la gloria del pasaporte para la fiesta. Ya no habrá problema con el mafioso guardián.

“Me encamino hacia la casa. Muestro la tarjeta del jirafa y cruzo la aduana de músculos que esboza una sonrisa forzada al verme.

“Ya estoy adentro.

“La multitud está espantosamente alegre y feliz y esto también me apena porque ahora vengo yo. Camufladamente me voy entrometiendo entre los invitados de verdad con mis ojos a toda marcha a ver por donde la encuentro. Ya algunos común y corriente me han hecho el quite evitando mi contacto; me miran a lo sucio, pero yo ni me inmuta ni me rebajo. La cuestión esta noche me la llena la pelada.

“Atravieso salones y me voy encontrando con los pelados que me miran como diciendo quién dijo que era de disfraz.

“El ambiente se me pone pecueco pero le hago.

“De la pelada nada y ya siento las alitas membranosas inflamándome el vestido. Tengo que apretarme el cinturón y escarbar rápido entre el tumulto antes de que la amiga luna me alumbre con indiscretos rayos.

“Me guardo los aullidos desesperados y prosigo. Desemboco en la gran marea hermosa del baile, llena de pura adolescencia, ingenua y viva.

“Se azota duro la música.

“Peligrosamente avisto a la pelada y siento al mundo con su peso jorobándome la espalda. En el centro del matute su figura que me aplasta alejando los malos designios, haciéndome brotar los colmillos. Empiezo a olfatear la sicodelia que emana de su pelo, la vergüenza de las rubias del cine que se sonrojarían si te conocieran, pelada.

“La familia dueña de su casa me empieza a mirar con saña. Los adultos no me aguantan.

“Entre los murmullos escucho preguntar por mí pero nadie se atreve, tratan de dejarme arrinconado pero no pueden, yo soy el diferente y por eso los preocupo, no estoy imitando a ninguno y sobresalgo tranquilo.

“El emisario del malestar general ya se me pone en camino a raquetearme con su maldita decencia.

—Joven —me dice el hombre, casi en estilo británico—. Su invitación, por favor.

“Lo vuelvo a mirar con ganas de fulminarlo en el acto, bailar diabólicamente encima de él y dejarlo hecho una montañita de cenizas.

“No le respondo al patán y sigo mirando a la preciosa conclusión de este universo bailando en la pista.

—Joven —me repite el carcamal chuzándome con su dedito—. Por favor. . .

“La fanaticada anciana nos observa aguardando.

“Meto la mano al bolsillo, saco la invitación del jirafa y se la estampo al pelle, de un manotón, en el pecho.

“Me largo antes de tener que presenciar su infarto, metiéndome en el vaivén de la danza.

“Enrumbo mi ruta hacia la divina víctima. Ya todo el mundo, atento a mis movimientos.

“Los pelados me abren paso mientras voy hacia la dama. Ella ni se percata; ya



hubiera aullado si hubiera visto mi elegancia de conde dirigiéndose a besarla en el cuello. Está sumergida en todo el ritmo de la noche que se lo agradece: las alimañas de los bosques están en silencio; la brisa se mece con tiento sobre su cabello; la luna ilumina con fuerza para completar el paisaje; mi gelatinoso cuerpo se desparra por la vacía pista hasta llegar a su lado. La fiesta ahora sí va a comenzar. El único que faltaba, yo, el repudiado, se encuentra con su pareja.

“Suavemente, como metiendo la mano en el hoyo de un volcán, poso mi garra sobre su hombro. La pelada se estremece al ver a este muchacho con capa y elegancia de Drácula que le pide un baile. Su rostro se paraliza, trata de tapárselo con las manos y gritar, pero está absolutamente desconcertada y no sale ni el menor trino de su pico. Las alas de mi familia comienzan a emerger de mi vestido y ya la multitud enardecida empieza a gritar muertas al monstruo.

“Siguiendo mi impulso, atraigo a mi dueña hacia mí, asiéndola por las manos.  
—No temas nada, le digo—. No te haré daño.

“Y estúpidamente sonrío dejando ver mis ancestrales colmillos.

“Veo a una abuela desmayándose.

“La madre de la pelada, sobrecogida, corre hacia la puerta a llamar al monstruo guardián.

“Aprovecho el desconcierto para inclinarme a besar a la virgen.

“Su cuello me brinda con sangre joven, doncella de barrio, reina de las calles que me revitaliza. Las alitas de mi familia baten felices.

“Cuando ya estoy terminando llega el muérdago de mi muerte con una varilla en ristre para azotarme en la mula.

“Ciego de furia, el mafioso me tira al suelo con el primer garrotazo. Me hubiera gustado destrozar a su madre nombrándosela pero ya no me interesa este terrible mundo del que me quieren sacar a palazos.

“La pelada permanece extasiada contemplando el hermoso cuadro.

“El inmenso bruto me descarga otro totazo que me va dejando arreglado sobre el piso del planeta.

“Le dedico mi última vista del mundo a la dama.

“Otro impacto del industrial acero me quiebra la vida y me voy desplomando sanguinolentamente herido.

“Alcanzo a escuchar un tiro tipo novela policíaca que me estalla en el centro del cráneo y ahí sí quedo acabado, absolutamente vuelto un etcétera.

“¡Cielo santo! ¡Qué horripilante escena estoy terminando de vivir!

“Lentamente mi lucidez monstruosa se va opacando. Busqué la felicidad en medio de los malditos humanos con una ambición a la que no tenía derecho.

“¡Ah! pelada, mírame, muero en mi ley. Es posible que allí donde yo fracasé, otro logre alcanzar el triunfo. Adiós, pelada, adiós”.